

Marginación y Catequesis

JUAN ANGEL MARTÍNEZ HERNANDO

NOTA:

* El presente trabajo es parte de otro más extenso en donde se analizan los datos y las tareas imprescindibles para hacer posible un encuentro válido y sin engaños entre la «marginación» y la «catequesis».

Un presupuesto fundamental es la *encarnación* en la realidad marginada, es decir, el conocimiento vivo y real, el respeto y la acogida a los marginados en alguna de sus situaciones específicas: depresión, psicosis, drogadicción y drogodependencia, homosexualidad, etc.

Otro dato previo a las siguientes páginas es el hecho —o principio— de que la evangelización ha de realizarse desde hombre. De ahí que sea necesario utilizar «*técnicas de acogida*», para ayudar a los marginados a estar abiertos a sus vivencias más íntimas y personales, a sus reacciones propias y sentimientos. Ello requiere que el individuo sea apreciado como persona independiente, donde el otro comprende empáticamente y valora su mundo interior sin sentirse amenazado por ello.

Las terapias de acogida, en ese sentido, suponen una evangelización, una Buena Noticia por que implican una reorganización interior en la persona, que le conduce a cotas más altas de su «ser persona», de su realización humana.

Sólo después de haber desarrollado lo anterior —de lo que prescindimos aquí por exigencias de espacio— tiene sentido hablar de la Catequesis desde una experiencia concreta —la Marginación— y como respuesta, desde la fe en Jesús, desde el compromiso de la Iglesia a esas vidas necesitadas y abiertas a la esperanza.

1. CATEQUESIS DE LA EXPERIENCIA

Hemos visto hasta ahora la ENCARNACION en los problemas y situaciones más comunes que se pueden encontrar los destinatarios de nuestra presencia. Después hemos dado un recorrido por lo que las TERAPIAS DE ACOGIDA pueden significar en estas asociaciones por el marginado; hemos visto, en general, lo que suponen las implicaciones para los orientadores, y hemos hecho un recorrido del cuál debe ser el papel del orientador en algunos casos más típicos de personas que sufren y se encuentran marginadas personalmente, social o culturalmente.

Y ahora... ¡CATEQUESIS! Espero no dar ninguna sorpresa y espero se me entienda lo que en el fondo quiero decir al expresar CATEQUESIS en un ámbito o medio de marginación. En parte, quiero decir que la catequesis ya está realizada (¿?) y en parte claro que, por ahora, no hemos abordado el tema. El asunto lo veo complicado pero real. El problema está en el *sujeto de la encarnación*, en el *terapeuta de las terapias de acogida*, en el *catequista* propiamente: ¿SON UN TODO? ¿SON PARTES INCONEXAS? Yo entiendo que primero hemos visto la encarnación, después las terapias de acogida y ahora la catequesis porque el discurso lo pide: ir por partes en un modo de explicación «lógica» de un proceso. Siento, y cada vez lo veo más claro, que es urgente ver la relación de estas tres fases de un único proceso y actuación. Espero que al final de este artículo se hará luz sobre estos interrogantes e hipótesis.

Trataremos de ver más de cerca cuáles han sido las estructuras tradicionales de la catequesis; después veremos unos planteamientos previos que requiere una catequesis para marginados; ofrecemos los criterios válidos para una presencia pastoral en el mundo de la marginación; por último trataré de replantear las preguntas anteriores y ver si merece la pena dar una respuesta.

2. ESTRUCTURAS TRADICIONALES DE CATEQUESIS:

a) **¿Al servicio de que Iglesia?**

Somos testigos de cómo ha funcionado el mundo de la catequesis hasta hace poco. Veamos las líneas dominantes que tenía la pastoral tra-

dicional: la Iglesia era considerada el centro de la sociedad y todo giraba en torno a ella y en función de ella. Por otro lado, era corriente una actitud desconfiada y condenatoria hacia cuantos eran no católicos, o no cristianos o no creyentes. También destacamos una actitud de defensa frente al mundo y la cultura que sonara a moderna. Ello conllevaba un repliegue clerical de la cultura eclesiástica.

Hay una gran prioridad de la pastoral litúrgico-sacramental: estimular la práctica religiosa de los fieles, contar con el mayor número de practicantes, constituye, en cierta manera, el ideal de la labor pastoral. Así, el Kerigma se reduce a la catequesis infantil, sobre todo en función de los sacramentos, y a la predicación de los fieles, casi siempre en el marco de las funciones litúrgicas.

Aparece una fuerte carga institucional: La acción pastoral se encuentra, de hecho, concentrada en las manos del clero. En el caso en que tienen que realizar alguna responsabilidad los laicos, la realizan de forma subordinada, y a título ejecutivo. El sujeto de la catequesis es, sobre todo, el clero; y los destinatarios son los que ya están dentro, los más cercanos a la Iglesia. En este sentido, la función de la Iglesia que resalta más es la de «mater et magistra»: quien enseña y tiene el «poder» de enseñar. La Iglesia, y en concreto la jerarquía, estaría responsabilizada de toda la catequesis.

b) Planteamientos previos para una catequesis de marginados

Deseamos una catequesis al servicio de una Iglesia que pretende ser signo del Reino de Dios y, por tanto, deberá ser una catequesis de talante misionero, encarnada en el pueblo, con los oprimidos y marginados, desde una comunidad profética. Por eso, creemos que la catequesis no se debe desvincular de la realidad desde la que pretende evangelizar. Antes al contrario, asume la realidad cultural y social en la que el mensaje de Jesús va a ser proclamado.

Propugnamos una catequesis liberadora para los oprimidos y marginados, altares predilectos para los ídolos del mundo y de la historia, frente a los que aparece Jesús como el Señor, el Camino hacia el hombre nuevo. Sabemos bien que una catequesis liberadora sólo se puede plantear desde una comunidad que asume los valores del Reino y se presenta como modelo de identificación. Una catequesis liberadora tiene sentido en un marco procesual-catecumental: esto es, que provoque la conversión, que encamine hacia la opción personal por Jesús, hacia la integración en la comunidad eclesial y hacia un compromiso transformador de la realidad.

Una catequesis liberadora se plantea desde una invitación a un estilo nuevo de vida a los que «están dispuestos para», característica propia de los inadaptados y marginados. Ello exige una propuesta convincente, coherente, liberadora y realizadora del hombre nuevo.

«La Iglesia universal, y cada iglesia particular, desarrolla la evangelización cuando despliega la totalidad de los medios y elementos que la componen, es decir,

— cuando dotada de un profundo sentido misionero, trata de renovar la comunidad en medio de la cual vive, transformando con la fuerza del Evangelio los criterios, los valores, las corrientes de pensamiento, los modelos de vida que están en contraste con el Reino de Dios,

— cuando se convierte para el territorio o ámbito concreto al que es enviada en testimonio de los valores del Reino, de la vida nueva que trae consigo,

— cuando anuncia explícitamente el Evangelio a los no creyentes (predicación misionera), y desarrolla una adecuada educación de la fe de los creyentes (catequesis, homilía, enseñanza de la teología...),

— cuando trata de suscitar la conversión, es decir, la adhesión del corazón al Reino de Dios, al «mundo nuevo», al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio,

— cuando crea espacios comunitarios donde la fe pueda alimentarse, compartirse, vivirse, estructurándose —así— en comunidades cristianas vivas, que sean «luz del mundo» y «sal de la tierra»,

— cuando celebra en los signos sacramentales la presencia de Jesús, el Señor, y el don del Espíritu Santo, en medio de la comunidad,

— cuando desarrolla, finalmente, un apostolado activo en medio de los diferentes ambientes: en las grandes ciudades y en los pequeños pueblos, en el ambiente obrero y en el rural, entre las gentes cultivadas y entre las sencillas.

Al ser la Iglesia esencialmente evangelizadora, se identifica a sí misma como: misionera, encarnada en los problemas reales de los hombres, comunitaria, festiva, anunciadora del Evangelio a los que no creen, educadora de los creyentes en la fe, en constante renovación y conversión, signo del reinado de Dios» (1).

(1) Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *La Catequesis de la Comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España hoy*, EDICE, Madrid, 1983, pp. 27-28.

c) Presencia pastoral en el mundo marginado

Estamos viviendo en un mundo en cambio y en el que se suceden los tipos de estructuras de forma vertiginosa, y también constatamos la progresiva marginación que sufre la juventud en medio de este mundo postconciliar.

Ante los marginados y como educadores de la fe, hemos de presentarnos como signos y portadores del amor de Dios a esta sección de la sociedad: los marginados. Será necesario, pero ya no nos corresponde a nosotros que nos reconozcan como tales. Nuestra presencia ante ellos exige un mayor conocimiento de sus móviles ante la vida, de su forma de actuar y de vivir. Al mismo tiempo, nos damos cuenta de la necesidad de comprensión que les debemos, pues les llegamos a reconocer no como los causantes del mal en el mundo, sino, por el contrario, como los que sufren las consecuencias del desequilibrio y de las diferencias que hay en el mundo a todos los niveles.

En el marco de un plan de actuación y presencia con ellos, será preciso tomar conciencia de las prioridades que sienten ante la vida; ello invita a un compromiso urgente y real del animador.

¿Con qué tipo de gente nos vamos a encontrar? No es posible saber, en concreto, el problema o situación concreta que pueden tener a primera vista. Nos podemos encontrar con distintos casos o «cuadros» de mayor o menor dramatismo: desde hippies (punkis), homosexuales, drogadictos, inadaptados, emigrantes, ateos, delincuentes, explotados en el trabajo, analfabetos, parados, pobres, sin ilusión creadora, sin interés por una opción de valores, excluidos de una sociedad activa, sin representación ante distintas instituciones, enfermos, deficientes en su personalidad, ex presidiarios, desesperados, etc.

A todos ellos nos debemos hacer presentes y hay que amarlos como tales, tratando de liberarles de sus esclavitudes, comprendiendo su problema humano y su situación concreta, interesándose por ellos. Esta presencia con ellos se puede concretar en unas *actitudes concretas* que deben marcar el norte de nuestro compromiso con ellos:

— Debemos tratar de descubrir los valores que tienen y tratar de promocionarlos. No se parte del vacío y de la nulidad. Habrá que hacer el esfuerzo de buscar aquellos aspectos ante los que vibran.

— Una catequesis para marginados parte de un interés por su mundo: es liberadora, en actitud de servicio, de respeto a su forma de ser y de actuar, trata de ser dialogante ya que en su mayoría han sido sujetos interrogados pero no dialogados.

— Se trata de responder a sus necesidades concretas y, en cuanto sea posible, los animadores, en labor de equipo, han de tratar de adelantarse a ellas.

— Los animadores tratarán de «disimular» las reacciones que tienen a ciertas actuaciones suyas, tratando de comprenderles, ya que se encuentran con un tipo de personas que quieren un cambio cualitativo en sus personas y en sus ideas.

— Los animadores deberán tratar de una labor de presencia con ellos desde sus mismos ambientes y lugares: la calle, los distintos centros juveniles de reunión, locales públicos, su casa, en sus viajes, en sus acontecimientos. Todo ello va exigiendo en el animador-catequista un cambio en su propio lenguaje, dejando de ser tan conceptualista, dogmático, moralizante, legalista, y pasando a ser un lenguaje más en su estilo pero sin dejar por ello de ser correcto en todo momento. Este nivel de acercamiento del lenguaje no debe caer en el riesgo de llegar a ser como ellos, ya que entonces no habría posibilidad de una labor educadora.

— Nuestra presencia con ellos debe regirse a partir de sus necesidades concretas, de su situación. Somos invitados a actuar con ellos con iniciativa, inventiva, creatividad, audacia. Nuestro «saber estar» con ellos debe estar macado por el amor hacia ellos tal cual son porque son así, derrochando ante ellos una actitud de servicio. Mostraremos actitudes de igualdad y gestos de saber compartir, sin afán de superioridad ni de exhibicionismos. Deberá cuestionarles internamente en una dimensión a la que los demás no son sensibles. Debe llegar a ser una interpe-lación a sus propias vidas de manera que descubran que es posible vivir en otro tipo de relaciones distintas a las que se suelen tener por ahí. Nuestra presencia exige una autenticidad en el educador, de forma que les quiera sin diferencias.

— La liberación de sus esclavitudes sólo es posible a través de un testimonio personal: ello podría hacer posible un éxodo a un tipo de vida distinto y con sentido. Como medio puede contar la catequesis ocasional: supone aprovechar todas las ocasiones que tengamos y todas las oportunidades que se presenten para animar y valorar cuanto hacen y cuanto son; todo ello implica un mayor conocimiento de sus personas y de sus ambientes y los condicionamientos de que son presa.

— Hay que lanzarse a crearles y provocarles oportunidades de liberación. Esta liberación debe partir de la base, de ellos mismos: hay que animarles dándoles iniciativas, poniéndoles en clima de libertad, partir de lo concreto, haciendo visible una liberación personal y comunitaria.

— Será importante para ellos la promoción de movimientos juveniles dándoles una dimensión social y comunitaria en respuesta a esa marginación en que viven. Las formas pueden ser variadas: clubs, cursillos de reeducación y formación; grupos de juventud, diversiones, fiestas, acercamiento a los medios de comunicación social, utilización de técnicas de expresión: verbales, gráficas, pictóricas, plásticas, mímicas, musicales, audiovisuales... En todas las actividades y actuaciones será importante que la familia quede informada, interesada, integrada, que participe ella misma.

— Se tendrá en cuenta una educación diferencial y especializada, sobre todo en aquellos casos que requieran un trato más particular. Y para que el aprovechamiento sea mayor, conviene hacer una programación de los objetivos, medios, actividades y tipo de grupo en que se van a desarrollar: gran grupo, grupo medio, pequeño grupo. Todo ello orientado a un mejor aprovechamiento de las técnicas y las metodologías.

2. PREGUNTAS PENDIENTES

¿Dónde está la catequesis? Catequesis, ¿de quién?, ¿para quién? ¿Quién es el catequista? Encarnación, terapias de acogida, catequesis, ¿Distintos mundos?, ¿un todo? ¿dónde está el SENTIDO?

Sin ánimo de dar la RESPUESTA, una reflexión que me hago:

— Ciertamente una encarnación en los problemas de los marginados, no se hace sin más ni más. En el fondo hay un problema que está latiendo: merece la pena vivir para que los que están oprimidos queden liberados, para que los que lloran sepan que también es posible el gozo; que merece la pena compartir el tipo de vida que llevas para que juntos hagamos un cielo nuevo y una tierra nueva. Sin esperanza no es posible la encarnación. La encarnación es anuncio, es catequesis.

— En las terapias de acogida, sufrir con el que sufre, llorar con el que llora, escuchar mil lamentos reprimidos, saber escuchar el grito angustioso de «¡MUERTE!» tiene SENTIDO.

— Y el catequista, ¿cuándo cree que anuncia el «mensaje»? ¿en la sesión de catequesis?, ¿cuándo preparé bien la reunión?, o, ¿en aquel paseo?, ¿en aquella palabra?, ¿en aquel «saber estar»?... Precisamente, cuando menos lo esperas.

La tarea es ardua; el hombre, complejo. Aquí, precisamente, está el reto:

— La persona es íntima: su realidad personal puede considerarse como expresamente suya. La persona es libre: con una libertad optativa, decisiva, apropiativa e imperativa. Es responsable, capaz de dar respuesta a toda realidad apelante, que le obliga a colaborar en distintos ámbitos. Es capaz de hacerse presente a través de su actividad cocreadora. El hombre es una realidad originaria, inédita, irrepetible, incanjeable, insustituible, irreductible. Es perfectible, no es algo rígido, fijo, dado de una vez para siempre. La persona humana es inabarcable y sorprendente.

La persona no debe ser objeto de juicio porque enjuiciar implica objetivar, hacer objeto de calificación, reducir la persona enjuiciada a una suma de aspectos favorables o desfavorables. En vez de juzgar al «tú», se debe invocarlo, apelarlo, para que dé respuesta. Y esto supone fe, confianza en el otro (2).

— Por otra parte, la tarea de la catequesis supone educar para vivir en el mundo de hoy: un mundo técnico, positivo, democrático y que quiere ser profundamente humano: ¿nos quedamos fácilmente en la catequesis? ¿Será la catequesis la aceptación de una meta prefijada o, más bien, caminar juntos en la búsqueda de nuevas alternativas aunque supongan un riesgo de cara al presente?

Una catequesis para marginados, ¿supone una reinserción o una crítica social? ¿Habremos de comenzar por los marginados para que se adecúen a las estructuras o se trata de transformar las estructuras para hacerlas más acogedoras de los marginados? ¿Será verdadero anuncio, Buena Nueva, una catequesis para marginados que no aterrice en un compromiso con la realidad? ¿Qué implicaciones pastorales supone para las comunidades cristianas un pastoral de marginados?

(2) P. Madrid Soriano, «En el teléfono de la esperanza se busca al hombre», en VV. AA, *Hombre en crisis y relación de ayuda*, ASETES. Madrid 1986, pp. 38-39.